

### CAPITULO XIII.

Conducta de varios pretores romanos.—Reformas gubernativas.—Fundacion de dos colonias romanas.—Terrible confederacion de los naturales contra sus dominadores.—Victoria de los numantinos.—Luchas en la Lusitania.—Claudio Marcelo.—Temores de Roma.—Emilio Escipion.—Atrocidades de Lúculo en la Tarraconense y de Galba en la Ulterior.

La entereza de ánimo y obstinacion de los españoles no dejó de llamar la atención del mismo Senado romano, que admiraba justamente el indomable carácter de un pueblo al que pensaba probablemente tener sujeto y sumiso á poca costa.

Sempronio Graco, que miraba las cosas de España bajo un prisma bastante verdadero, fue mandado á nuestra Península en sustitucion de Flavio, con un ejército de catorce mil hombres.

Dícese que la mayor parte de los pretores romanos, dominados por la codicia mas desenfadada, vejaban á los pueblos con impuestos onerosísimos, no bastándoles las riquezas que con tan pródiga mano derramara el Creador sobre nuestro hermoso país.

Los honores y recompensas se median en Roma, no tanto por las victorias ganadas, sino por el oro que se traía de España. Hubo, sin embargo, algunas excepciones en esta parte.

Sempronio Graco observó una conducta muy distinta de sus antecesores. Dedicóse con ahínco á corregir los abusos y desmanes cometidos en la administracion, y adquirió la reputacion de desinteresado y probo: hizo alianza con varias ciudades. Numancia, capital de los pelendones, fue una de las que aceptaron la amistad del nuevo pretor romano en la España Tarraconense.

Sempronio Graco fue el pretor que mas se internó en la parte septentrional de la Iberia. Ensancho y fortificó á Illureis, ciudad vecina de Numancia, donde estableció sus reales, eligiéndola por su centro de operaciones.

El buen comportamiento y la política conciliadora de Graco motivaron que el Senado romano otorgase un año de próroga á su pretura. Con todo, la duracion de su mando fue todavía demasiado corta para que pudiera llevar á cabo todos los planes y reformas que intentaba.

Los sucesores de Graco, en vez de dar cima á la obra comenzada por este, volvieron á exasperar al pueblo ibero con depredaciones y arbitrariedades. Distinguióse entre todos Publio Furio Filon, que vino de pretor á la Tarraconense en el año 175. Consecuencia de tan despótico y rapaz gobierno fue la sublevacion general de los pueblos, que sofocó luego, al menos aparentemente, Appio Claudio, nombrado procónsul y enviado á España, ex profeso, por la alarmada Roma, para apaciguar los ánimos y volverlos á la obediencia.

Hacia el año 582 de la fundacion de Roma, salió de España para dicha ciudad una embajada de un carácter bien extraño.

Del trato de las mujeres españolas con los soldados romanos resultaron mas de cuatro mil bastardos, llamados comunmente *híbridos*, que pedían al Senado romano tierras para morar en ellas y cultivarlas.

El Senado accedió á la peticion respecto de los manumitidos (pues á los esclavos no les comprendia dicha gracia), y les designó la ciudad de Carteya, junto al estrecho de Gibraltar, para su residencia. Esta fue la primera colonia romana fundada en territorio español, y por la clase de gentes que la poblaban se le dió el nombre de colonia de los libertinos. Supónese que Carteya corresponde á la actual Tarifa.

Esto sucedió en tiempo del pretor Cantuleyo; y al año siguiente, y bajo el gobierno de Marco Claudio Marcelo, sucesor del primero, fundóse en Córdoba una segunda colonia, conocida posteriormente con el nombre de colonia de los patricios, por reinar en ella mas lujo y bienestar, y haberla escogido luego por su residencia los mas nobles patricios romanos.

Tarea por demás prolija y fatigosa para el lector seria la relacion de las encarnizadas luchas y batallas entre oprimidos y opresores.

En el año 154 antes de Jesucristo formóse una gran confederacion entre las tribus de carácter mas belicoso. Los celtíberos se coligaron con los vacceos, los arevacos y los lusitanos, lo cual puso en gran apuro al Capitolio, que se vió obligado á tomar medidas extraordinarias, nombrando anticipadamente cónsules, y enviando á Quinto Fulvio Nobilior con treinta mil hombres de las mejores tropas de la república. Fulvio Nobilior fue investido con el mando de las dos grandes provincias de España.

Los nuevos refuerzos y disposiciones de Roma no lograron intimidar á los celtíberos, quienes presentaron batalla á sus enemigos cerca de Numancia, y causaron terribles estragos en las filas de los romanos. El jefe español Carus, ó Caro, pereció en la refriega.

Tres dias despues el Cónsul romano fijó sus reales á cuatro millas de Numancia, donde recibió un refuerzo de diez elefantes y quinientos caballos numidas, enviados del Africa por el célebre Masinisa. Trabajóse otra batalla, en cuyo tiempo los romanos colocaron en primera fila los elefantes. La vista de estos cuadrúpedos causó tal espanto á los celtíberos (que no estaban acostumbrados (1) á ellos), que los hizo volver á toda prisa á su ciudad. Lanzáronse los romanos tras los fugitivos, é iban á penetrar en Numancia; pero uno de dichos animales, herido en la cabeza por una gruesa piedra, embravecióse de tal suerte á la sazón, que se volvió contra los perseguidores de los numantinos, y lo propio ejecutaron los demás elefantes, siguiendo el ejemplo de su furioso compañero. Este im-

(1) Esto nos parece bastante inverosímil, puesto que los cartagineses, conforme hemos visto, se servían tambien de los elefantes para sus empresas militares.

previsto incidente ocasionó un espantoso desórden en las huestes de Fulvio; y los numantinos, aprovechando tal coyuntura, no solo recobraron aliento, sino que persiguieron el enemigo hasta su mismo campamento, matándole cuatro mil hombres y tres elefantes.

Fulvio halló resistencia en todas partes, á medida que iba recorriendo el país, y por fin tuvo que refugiarse en sus atrinchamientos, junto á Numancia, sin que allí tampoco le dieran reposo sus belicosos enemigos.

Tambien la Lusitania era entonces teatro de sangrientas y encarnizadas luchas. El pretor Nummio sostenia aquella guerra, y no siempre la suerte se mostraba propicia á sus armas. En uno de los varios encuentros con los lusitanos, acudidos por Cessarón, dejaron diez mil hombres en el campo de batalla. Sin embargo, el fin de aquella prolongada lucha fue contrario á los lusitanos, quienes perdieron á su jefe en uno de los combates y gran parte de los trofeos que habian tomado á los romanos.

En la España Citerior ó Tarraconense al cónsul Fulvio habia sucedido, con el mismo título, Marco Claudio Marcelo; mientras que en la Ulterior Marco Atilio reemplazaba al victorioso Nummio, que habia regresado á Roma á recibir los honores del triunfo, segun costumbre.

Marcelo, á quien algunos atribuyen la fundacion de Córdoba, vino á España con un refuerzo de ocho mil peones y quinientos caballos, segun refiere el P. Mariana.

Marcelo recobró á Ocelia ú Ocellis. Dirigióse luego á Nertobriga, cuyos habitantes enviaron diputados (1) al Cónsul romano para hacer un tratado de paz. Mas no resultando avenencia, Marcelo les concedió una tregua para que pudieran acudir al Senado romano. Esta vez no hubo un solo senador que tomara la defensa de los españoles, y contrarestará la influencia de Fulvio, quien les hizo durísimos cargos ante los padres de la república.

Prosiguióse en consecuencia la guerra. Sin embargo, era tal el terror que los intrépidos hispanos empezaban á inspirar á la sazón á los romanos, que ni siquiera se encontraban voluntarios que quisieran alistarse al servicio de la república para pelear en España. Las legiones del Capitolio hallaban, una tras otra, su sepultura en la Iberia.

Los españoles, á su natural bravura, añadian ahora la disciplina y la táctica militar, que habian aprendido de sus enemigos. Ya no se presentaban desordenadamente ó en tropel en los combates, sino que obedecian á sus caudillos, formaban sus escuadrones, y disponian sus fuerzas segun las reglas de la estrategia; en una palabra, empezaban á familiarizarse con el arte de la guerra.

El jóven Emilio Escipion (como lo hiciera sesenta años antes su abuelo adoptivo, el vencedor de Anibal) fue el único que se ofreció entonces en el Senado para pelear contra los intrépidos hispanos. Al efecto pasó á nuestra Península en clase de lugarteniente del cónsul Lúculo, nombrado para el gobierno de la Tarraconense. El mando de la Ulterior confriróse á Sergio Galba. Sucedió esto en el año 620 de la fundacion de Roma.

Muchos nobles romanos imitaron el ejemplo de Escipion, quien, al decir de Mariana, habia ya destruido á la sazón á Cartago, y por este motivo era llamado el Africano, como su antepasado Publio.

Por aquellos tiempos gobernaba en la Tarraconense el pretor Lúculo, cuyos primeros actos bastan y aun sobran para acreditarle de tirano, codicioso y cruel. En la ciudad de Cauca ó Cauca, en la provincia de Segovia, ordenó un saqueo y degüello general, acaso con la sola idea de apoderarse de las proverbiales riquezas de sus moradores, que no podian esperar semejante felonía y barbaridad de un hombre con quien acababan de estipular un tratado de paz.

Digno émulo de Lúculo, en la barbarie, era Galba, quien, despues de haber sido derrotado por los lusitanos, sembró el terror y el exterminio en el país que gobernaba.

A la crueldad añadió Galba el engaño y la seduccion. Despues de ajustadas las paces con sus enemigos, y haber exigido el desarme de estos, aparentó la mayor benignidad, prometiéndoles tierras para cultivar, como un arbitrio para librarse de la miseria y escasez en que estaban sumidos.

Señaló Galba á los lusitanos el dia en que debían tomar posesion de las haciendas prometidas.

Iban en tres cuerpos, conforme se les ordenara; pero Galba, en vez de cumplir su palabra, cae de improviso con todo su ejército sobre aquellas pobres y confiadas gentes, y, con una alevosía inconcebible, ataca sucesivamente á los tres mencionados cuerpos (compuestos de hombres, mujeres y niños), los deshace, y ejecuta en ellos la mas horrible matanza.

Estas atroces carnicerías enriquecieron considerablemente al sanguinario Galba, quien llegó á ser el mas rico ciudadano de Roma, cuyo Senado, gracias al poderoso influjo del oro, no vaciló en otorgarle toda clase de honores por su inalicable conducta en España, y á despecho de la oratoria del entonces octogenario Caton.

(1) Parece que los ciudadanos de Nertobriga (que se cree sea hoy Calatayud) tenían la costumbre de enviar sus embajadas ó diputaciones precedidas de una piel de lobo colocada en el extremo de una lanza, á manera de pendon.



LEVANTAMIENTO DE VIRIATO.

Nueva Edición. Barcelona. Robador. 24y36.

## CAPITULO XIV.

Nuevos actos de Lúculo. — Levantamiento de Viriato. — Marco Vitilio. — Primeras hazañas y triunfos de Viriato. — Cecilio Metelo. — Rasgo generoso de Metelo. — Nuevas luchas entre Viriato y los romanos. — Serviliano. — Sitio de Erisana. — Astucia, victoria y magnanimidad de Viriato. — Servilio Cepion. — Soborno.

En otras regiones de la Iberia Lúculo continuaba la serie de sus atrocidades, poniendo sitio á Intercacia, é intimidando la rendición á sus habitantes, quienes, aleccionados por lo ocurrido con los de Cauca, no quisieron dar oídos á las proposiciones que se les hacían para la entrega de su ciudad.

Escipion distinguióse en dicho sitio, pues en uno de los asaltos subió á lo mas alto del muro, valiéndole esta hazaña la admiración de sus soldados, y mas tarde la corona mural, que solo concedía el Senado romano en casos muy especiales.

Pallancia (hoy Palencia) fue tambien objeto de las miras codiciosas de Lúculo; pero los cántabros y la caballería palentina le obligaron á levantar apresuradamente el cerco que habia puesto á dicha ciudad.

A pesar de las crueldades que distinguieron á su gobierno en España, Lúculo y Galba, á su regreso á Roma, pudieron comprar á peso de oro la indulgencia del Senado. El primero de dichos tiranos erigió un templo á la Felicidad con el dinero robado en España.

No obstante, los procesos que se instruyeron (á instancias de algunos romanos virtuosos) para fiscalizar los actos é injusticias de varios pretores, dieron al fin por resultado el conceder ciertas facultades á las ciudades aliadas, ó que se hallaban bajo el dominio del Capitolio, que enfrenaron algun tanto la rapacidad y tiranía de los gobernadores.

Mas la inculcable conducta de Lúculo y Galba no podía menos de provocar nuevos y sangrientos dramas en nuestra Península.

En la España Ulterior uno de los pocos hombres que escaparon al horrible degüello ordenado por el tirano Galba, tremolaba en sus toscas manos el pendon de la independencia con todos los bríos que puede infundir en un animoso pecho el sentimiento de la mas profunda indignación y el mas acendrado patriotismo. Este hombre era el lusitano Viriato, pastor en su mocedad, y luego afamado guerrero (1).

Atendidos los deplorables excesos é iniquidades que los últimos cónsules romanos habian cometido en la península ibérica, nada tendria de particular que la Providencia se valiera del hombre rudo (que sus compatriotas eligieron por jefe) para castigar los crímenes y desmanes de los opresores.

En el período en que vamos á entrar, la guerra que los españoles hicieron á sus enemigos tomó otro carácter y otra importancia que no habia podido tener hasta entonces; y de cada día Roma se veia obligada á hacer mayores sacrificios para conservar su poder en nuestro país.

En el año 604 de la fundación de Roma Marco Vitilio, sucesor del sanguinario Galba, puso todo su conato en desbaratar los planes de Viriato, y en extinguir el odio que este habia fomentado en la Lusitania contra los romanos.

Dirigióse Viriato con los suyos hácia el estrecho de Cádiz, viéndose obligado á entretenerse en lugares escabrosos é inaccesibles para burlar la persecucion del enemigo.

Vitilio cercó á los españoles, quienes, empezando á sentir los efectos del hambre, deseaban entablar condiciones de paz con sus perseguidores; pero el pastor lusitano les recordó entonces las iniquidades de Galba, y la escasa confianza que debia de inspirarles la palabra de los pretores, añadiendo que él se encargaba de sacarles de aquel peligro, con tal que ejecutasen cuanto les ordenara. El lenguaje de Viriato reanimó á sus desalentadas huestes, que resolvieron seguir las instrucciones de su intrépido caudillo.

La primera hazaña de Viriato fue una estratagema que ocasionó la muerte á mas de cuatro mil romanos y hasta al mismo Pretor. Fingió el lusitano presentar batalla al enemigo, colocando su caballería al frente, mientras que su infantería se iba escurriendo por detrás, y tendia una emboscada. Los seducidos romanos aceptaron el combate, pero á lo mejor víéronse rodeados por sus ocultos enemigos, que hicieron en sus filas la mas espantosa carnicería.

Ocho años duró la terrible guerra que hizo Viriato á los opresores de su patria, en cuyo tiempo derrotó á los romanos en varios encuentros, y empleando muchas veces con feliz éxito el ardid de que echó mano al inaugurar la interminable serie de sus hazañas, como acabamos de manifestar. Cayo Plaucio, Claudio Unimano y Cayo Nigidio, sucesores de Vitilio, fueron arrollados y vencidos alternativamente por las armas y la pericia del célebre pastor lusitano: dos de ellos hallaron la muerte en el combate.

No dejó Viriato de sufrir tambien algunos reveses: Cayo Helio y Q. Fabio Máximo debilitaron un tanto el poder del Jefe lusitano, causándole algun descalabro.

En tanto que Fabio (vencedor últimamente de Viriato) pasaba el invierno en sus cuarteles de Córdoba, el Jefe lusitano ejercitaba sus tropas en los montes, y enviaba mensajeros á varios puntos de la Iberia solicitando la cooperacion de los arevacos, los belos, los titios, los celtíberos, etc.; y si bien su llamamiento no tuvo el resultado que podia apetecerse, no fue enteramente infructuoso. Cada día acudían á su campamento nuevas gentes con armas y dinero.

(1) Algunos suponen que Viriato, despues de apacientarse ganados, se dedicó al denigrante oficio de salteador de caminos, y que la gente de mal vivir iba sin cesar á robarle sus filas. Empero, esta noticia podria muy bien ser hija de alguna parcialidad.

En el año 142 antes de Jesucristo dióse el mando de la España Citerior á Q. Cecilio Metelo, denominado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia. El objeto de su venida fue para apaciguar á los celtíberos, que, cediendo á las sugerencias de Viriato, revelaban síntomas de una nueva sublevación.

Logró Metelo sosegar á los celtíberos y someter á los arevacos, tomando tambien algunas ciudades, entre ellas á Contrebia, despues de una porfiada lucha. Dícese que mientras sitiaba á Vertróbiga ó Nertróbiga, sucedió que sus moradores, indignados de la traicion de uno de sus compatriotas que habia desertado al campo enemigo, y cuyos hijos se hallaban en el recinto de la ciudad sitiada, colocaron á estos en el punto mas peligroso del muro, para que sirvieran de blanco á los dardos y saetas romanas. Habian ya los romanos empezado á hacer jugar las máquinas de guerra; mas informado el Cónsul del suceso, y ejecutando un acto que bastaria para inmortalizar su nombre, prefirió levantar el cerco antes que derramar sangre inocente.

Los españoles no dejaron de agradecer á Metelo su generoso proceder.

Otra anecdota se refiere acerca de este Cónsul: cerca de Contrebia preguntóle un centurion qué objeto se proponia con los extraños y desconcertados movimientos y evoluciones que hacia ejecutar á sus tropas. «Quemaria yo mi camisa si supiese que en mis secretos tenia parte,» contestó Metelo. Esta expresion adquirió luego gran celebridad.

Viriato en la Bética no daba un momento de reposo á los enemigos de su patria: ni las imponentes fuerzas que enviaba Roma sin cesar para vencerle, ni el valor y destreza de los generales que con él se batian, disminuian un ápice su asombrosa actividad y su incomparable audacia. Tan pronto hacia una irrupcion de los bosques, como se despeñaba de los montes, como salia inesperadamente de una ciudad sitiada. Era la negra y eterna pesadilla del Capitolio, y su sola persona valia por una legion numerosa y aguerriada.

El mismo Fabio antes de venir á las manos con el héroe lusitano procuró adiestrar á sus tropas, y hasta fué á Cádiz á ofrecer sacrificios en el templo de Hércules, para tener á los dioses de su parte. Y esto á pesar de contar con un ejército de quince mil infantes y dos mil jinetes.

No eran ya solo los montes y desfiladeros del teatro de las luchas entre romanos y españoles, sino que se daban batallas campales, en que los segundos cosecharon no pocos laureles, y demostraron al mundo que las legiones del Capitolio no eran invencibles en todos los terrenos.

La orgullosa Roma tenia por costumbre no tratar sino con los vencidos; pero Viriato dió á sus enemigos una leccion de generosidad brindándoles con la paz en la victoria, como sucedió con el cónsul Serviliano.

Gobernaba Serviliano la España Ulterior, donde inauguró su mando con algunos actos de inaudita crueldad, que acabaron de hacer mas execrable el nombre romano entre los naturales.

En ocasion en que el expresado Cónsul estaba sitiando á una ciudad (llamada Erisana) adicta á Viriato, este halló medio de introducirse de noche en ella secretamente. A la mañana siguiente el Jefe lusitano ejecuta una salida vigorosa é inesperada, se arroja sobre el enemigo, le destroza y pone en vergonzosa fuga, logrando acorralarle en un punto en que debian perecer todos los romanos irremisiblemente: solo un acto humanitario y un rasgo de nobleza del hombre á quien ellos llamaban ladron y bandolero podia salvar sus vidas en tan criticos y angustiosos momentos.

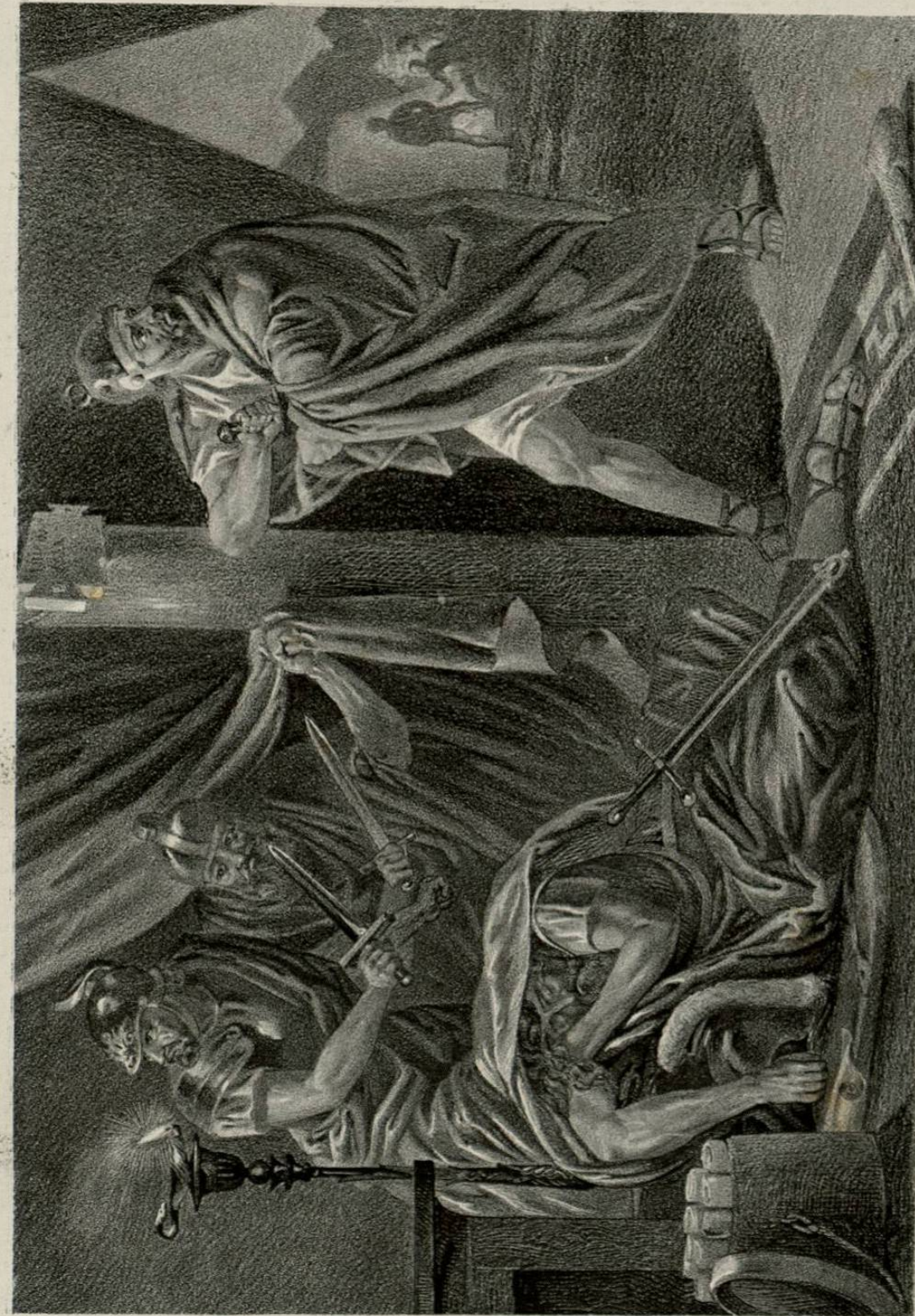
Aquel día Viriato fue llamado amigo de los romanos; pero al saber Roma los pactos amistosos que estos habian establecido con su vencedor, los consideró vergonzosos y se ofendió de ello, enviando á la España Ulterior á Quinto Servilio Cepion, que fue uno de los que mas hizo resaltar en Roma la supuesta ignominia que encerraba el tratado de paz con los españoles. Hay quien supone que el Senado romano confirmó y aprobó al principio el convenio de Viriato con Serviliano; pero de todos modos la fidelidad del Capitolio no fue muy duradera, como no tardaron en acreditarlo los hechos posteriores.

Servilio persiguió á Viriato por la Andalucía y la Carpetania, que fue despues el reino de Toledo. Varias veces el Jefe lusitano burló á los romanos con su táctica singular, ora fingiendo darles batalla, ora apelando á algun ardid que le sugería su genio guerrero.

Viendo Servilio que Viriato se le escapaba casi siempre de las manos, y cuán infructuosa era su persecucion, dirigióse al país de los vetones, ó sea el que hoy se conoce por Extremadura, y desde allí pasó á Galicia.

Viriato cansado de una guerra tan pesada é interminable, y abrigando serios temores de que algun día podia ser víctima de una tracion, resolvió enviar embajadores al Cónsul romano, pidiéndole la paz que este habia violado.

Servilio acogió á los legados de Viriato con mucha afabilidad; les hizo ricos presentes y muy halagüeñas promesas para ellos y su país, pero les impuso la condicion de que debian aprovechar una coyuntura favorable para dar muerte á su Jefe.



Catalamp

Serra, lit.

ASESINATO DE VIRIATO.

Rivera Editor. Barcelona. Robador, 24 y 26.